



Perseitas

ISSN: 2346-1780

FONDO EDITORIAL FUNLAM

Viveros, Edison Francisco
EL DIÁLOGO COMO FUSIÓN DE HORIZONTES EN
LA COMPRENSIÓN HERMENÉUTICA DE GADAMER
Perseitas, vol. 7, núm. 2, 2019, Julio-Diciembre, pp. 341-354
FONDO EDITORIAL FUNLAM

DOI: <https://doi.org/10.21501/23461780.3293>

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=498962143009>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

UNAM  redalyc.org

Sistema de Información Científica Redalyc
Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso
abierto

EL DIÁLOGO COMO FUSIÓN DE HORIZONTES EN LA COMPRENSIÓN HERMENÉUTICA DE GADAMER

Dialogue as a fusion of horizons in Gadamer's
hermeneutical understanding

Artículo de reflexión no derivado de investigación

DOI: <https://doi.org/10.21501/23461780.3293>

Recibido: 7 de noviembre de 2018 / Aceptado: 5 de abril de 2019 / Publicado: 21 de junio de 2019

*Edison Francisco Viveros**

Resumen

Comprender para Gadamer es ponerse de acuerdo en la cosa (Sache). En este sentido, no es posible comprender una situación humana cuando hay una incapacidad para dialogar. El diálogo es aquella forma del lenguaje en la que entramos, en la que creamos tejidos de palabras y nos enredamos porque nos dejamos llevar por la cosa (sache) o la situación hermenéutica. La tesis del escrito es la siguiente: El diálogo en Gadamer es un medio para llegar a la fusión de horizontes y a la comprensión hermenéutica. La conclusión es que la hermenéutica solo puede lograrse y llevarse lejos si los dialogantes tienen disposición para ello y si reconocen la importancia de la opinión del otro como un acto de razón. Es decir, no como una abdicación de la propia razón.

Palabras clave

Gadamer; Diálogo; Situación hermenéutica; Filosofía hermenéutica.

* Magíster en Educación y Desarrollo Humano (Cinde-Universidad de Manizales). Docente-investigador de la Universidad Católica Luis Amigó, categoría asistente. Medellín, Colombia. Integrante del grupo de investigación "Familia, Desarrollo y Calidad de Vida". Contacto: viveros.edison@yahoo.com / edison.viverosch@amigo.edu.co, ORCID: orcid.org/0000-0003-0610-4110.

Abstract

To understand for Gadamer is to agree on the thing (Sache). In this sense it is not possible to understand a human situation when there is an inability to dialogue. Dialogue is that form of language in which we enter, in which we create tissues of words and get tangled up because we get carried away by the thing (sache) or the hermeneutical situation. The thesis of this paper is the following: The dialogue in Gadamer is a means to reach the fusion of horizons and hermeneutical understanding. The conclusion is that hermeneutics can only be achieved and expanded when the interacting parties are willing to do so and if they recognize the importance of the other's opinion as an act of reason, which is not an abdication of reason itself.

Keywords

Gadamer; Dialogue; Hermeneutical situation; Hermeneutical Philosophy.

Introducción

El propósito del trabajo está centrado en presentar de qué manera se expone la noción de diálogo en Gadamer. Para él, comprender es ponerse de acuerdo en la cosa o el asunto (Sache). La llegada a un horizonte común implica el diálogo. Así también lo comprende Vergara (2008) para quien lograr la comprensión implica “la puesta de acuerdo con el otro sobre algo a través del lenguaje como medio universal cuyo fin es el consenso” (p. 153). Sin embargo, no se trata de un instrumento de los dialogantes que se proponen un fin común porque Gadamer enfatiza que ninguno de los ellos domina o controla el proceso. Se pierde el rumbo para que en la incerteza surja de manera espontánea y flexible el mismo asunto común que guía la conversación. La ocurrencia viene a facilitar el acceso al asunto que se quiere comprender.

Esta pérdida del rumbo está guiada por el asunto en común que concierne a los intérpretes. La apertura al otro implica la aceptación del disenso y el desacuerdo, porque no siempre están las condiciones favorables para la ejecución del diálogo. Gadamer plantea que la llegada a la comprensión se logra con una disposición a oír y esta escucha no siempre se basa en una cómoda asimilación de la otredad, sino que la mayoría de las veces se refiere a algo que genera perplejidad y que implica dialogar con otro. Comenta Gadamer (1998) que “tener la capacidad de oír es tener la capacidad de comprender. Este es el verdadero tema de mis reflexiones” (p. 71). Sin embargo, podemos preguntarnos: ¿Es posible que el diálogo implique necesariamente un desacuerdo previo? ¿Qué pasaría entonces cuando los interlocutores están de acuerdo en todo?

En tal sentido, la pregunta referida a qué diría Gadamer cuando hay imposibilidad para el diálogo es un punto problemático que no oculta el riesgo que trae consigo la conflictividad entre los seres humanos cuando se proponen dialogar. Es decir, tal vez no sea posible un acuerdo completo y pleno entre los dialogantes, pero sí puede haber una disposición, una apertura hacia el otro que nos muestre otros horizontes posibles que lleguen a ser en apariencia incompatibles al propio horizonte. Dice Fernández Labastida (2006), interpretando la noción de diálogo en la obra de Gadamer, que “la

aceptación de la alteridad de nuestro interlocutor es el punto de partida de todo posible acuerdo sobre una cosa. Este tácito consenso es lo que hace posibles los desacuerdos” (p. 66). Sin embargo, hay otras posiciones que niegan la posibilidad del diálogo entre personas como lo defiende Pérez-Estévez (1999), quien rechaza el modelo de diálogo gadameriano “debido a que pretende alcanzar una plenitud de Verdad que hace inútil toda apertura hacia algo distinto al mundo de las ideas a la tradición propia” (p. 33).

En contraposición a esta idea expuesta por Pérez-Estévez (1999), Gadamer sostiene que comprender no es una identificación personal del intérprete con el autor original o un gesto empático del primero con el segundo, en cambio, “comprender lo que alguien dice es, como hemos visto, ponerse de acuerdo en la cosa, no ponerse en el lugar del otro y reproducir sus vivencias” (Gadamer, 2005, p. 461). Tampoco el diálogo para Gadamer se ubica en el contexto epistemológico porque este se centra en el debate dicotómico entre sujeto-objeto. Es decir, la hermenéutica que Gadamer propone no pretende la plenitud de la Verdad. Su énfasis está en que el otro o el texto no son objeto de conocimiento, sino que son o un *tú* o una situación a ser interpretada. Por tanto, diálogo no es ni una actitud empática ni una descripción epistemológica. Indica Gadamer (2005):

Si existe alguna conclusión práctica para la investigación que propongo aquí, no será en ningún caso nada parecido a un ‘compromiso’ acientífico, sino que tendrá que ver más bien con la honestidad ‘científica’ de admitir el compromiso que de hecho opera en toda comprensión. Sin embargo, mi verdadera intención era y sigue siendo filosófica; no está en cuestión lo que hacemos ni lo que debiéramos hacer, sino lo que ocurre con nosotros por encima de nuestro querer y hacer (p. 10).

Gadamer (2006) señala que no es posible comprender una situación humana cuando hay una incapacidad para dialogar. La crítica de Gadamer al cientificismo consiste en señalar que la tendencia a aplicar patrones de la ciencia natural a todos los ámbitos del saber humano es insuficiente, porque encastrar a los seres humanos en estos esquemas es sencillamente imposible. La distancia que establece Gadamer no es con la actitud del científico que desea

conocer más, sino con la de aquel que pretende actuar bajo los patrones de la ciencia, en un ámbito que se resiste a ser tratado de ese modo. En esta línea señala Gadamer (2005):

Parto del hecho de que las ciencias del espíritu históricas, tal como surgen del romanticismo alemán y se impregnan del espíritu de la ciencia moderna, administran una herencia humanista que las señala frente a todos los demás géneros de investigación moderna y las acerca a experiencias extracientíficas de índole muy diversa, en particular a la del arte (p. 10).

Esta consideración de Gadamer nos ofrece un nicho de reflexión sobre el diálogo. Es decir, la conexión que puede existir entre ciencia moderna, empírica y basada en evidencia matematizable y la ciencia que se ocupa de las maneras en que sentimos, experimentamos y hacemos conciencia de los fenómenos humanos. En otras palabras, la vinculación que puede darse entre la tradición empírica en sus diversos positivismos y las ciencias del espíritu, las fenomenologías y las hermenéuticas contemporáneas. Gadamer hace énfasis en un aspecto fundamental: la experiencia artística, la sensibilidad estética. Para Gadamer no hay tal distancia entre estas dos tradiciones, sino que se pueden complementar a través de una mentalidad hermenéutica capaz de establecer un diálogo tan necesario en los mundos científicos modernos¹.

Pero ¿cuál es el camino que Gadamer insinúa? Aquel en el que se toma en cuenta la diversidad de matices sobre la cosa (Sache) o asunto, que implica siempre diferentes perspectivas y la elaboración hermenéutica con los otros. El filósofo alemán toma distancia de la idea según la cual la comprensión se ocuparía de un objeto que puede ser conocido de manera absoluta. Esto se constituye en un campo de deliberación importante porque siempre hay una falta que empuja a dialogar más sobre el objeto o la cosa de la que se habla. No llegamos a conocer de manera absoluta algo, pero sí logramos inclinarnos a querer comprender la cosa por medio de la experiencia hermenéutica y el diálogo.

¹ El mismo tema fue tratado desde la perspectiva de la experiencia de la lectura en Gadamer que hice antes y que puede contrastarse en Viveros (2014). En él busqué hacer una apología a la idea gadameriana de que leer es dejar que otro nos hable. Es decir, leer implica una escucha intuitiva que nos muestra la hospitalidad de encontrarse con otro que también puede tener la razón. Esta misma línea interpretativa es elaborada por Pérez-Estévez (2002) quien expone que para Gadamer “toda lectura de un texto es una especie de conversación o de diálogo con la humanidad pasada que habla a través del texto” (p. 117).

Gadamer prefiere la deliberación acerca del intérprete porque le interesa saber qué le ocurre a los dialogantes por encima de sus anhelos o prácticas científicas, aunque no las desprecie. Es decir, “la cuestión de la incapacidad para el diálogo se refiere más bien a la apertura de cada cual a los demás y viceversa para que los hilos de la conversación puedan ir y venir de uno a otro” (Gadamer, 2006, p. 204). El diálogo es un medio privilegiado por Gadamer para crear pensamiento filosófico y se centra en los dinamismos que se generan de forma espontánea entre los dialogantes. Gadamer (2005) pretende hallar un punto medio de conversación sobre el asunto hermenéutico que ha usado el ser humano para conocer. Asunto hermenéutico es aquel que da algo para pensar y que sirve de foco para que los dialogantes deliberen sobre él y ejerzan así su capacidad interpretativa. Gadamer no se suscribe en la disputa entre ciencias del espíritu y ciencias naturales. Él no niega que en estas dos tradiciones haya método, sino que ambas tienen objetivos de conocimiento diferentes. Tampoco insinúa que el cientificismo sea una falsa apertura o una negación de la apertura, sino que insiste en que ambas formas de conocer se ocupan de objetos que no son idénticos entre sí y por tanto exigen formas de abordaje coherentes con su naturaleza. Las ciencias del espíritu se ocupan de las experiencias de lo humano desde diversos matices inclinados por lo singular de cada vida vívida, lo cual no puede ser reducido a un aspecto y mucho menos puede ser dominado por un método científico que promete decirlo todo sobre él. Cualquier método científico puede llegar a explicar características humanas, pero se queda en el lugar de lo insuficiente si quiere ser algo único y absoluto. Gadamer (2005) dice:

Nada más lejos de mi intención que negar el que el trabajo metodológico sea ineludible en las llamadas ciencias del espíritu. Tampoco he pretendido reavivar la vieja disputa metodológica entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu. Difícilmente podría tratarse de una oposición entre los métodos. (...) Lo que tenemos ante nosotros no es una diferencia de métodos sino una diferencia de objetivos de conocimiento (p. 11).

Las palabras que se dicen unos a otros en el diálogo tienen sentido si son utilizadas con el ánimo de ampliar los horizontes de comprensión que cada dialogante trae, aunque tales horizontes sean distantes uno del otro. El crecimiento de la individualidad llega si los que dialogan se despojan de la creencia

de tener la verdad y, por el contrario, reconocen que sin el otro no es posible una comprensión. El otro introduce la posibilidad de nuevas formas de entender una situación que ofrece posibilidades para pensar. Es decir, solo llegamos a conocer algo a partir del diálogo con los demás.

Pero ¿qué entiende Gadamer por los conceptos *diálogo*, *dialéctica*, *habla* y *conversación*?, ¿son nociones diferentes o se refieren al mismo sentido?, ¿son un medio para llegar al conocimiento de un objeto o tal vez una disposición anímica para construir múltiples versiones de mundos posibles entre personas que desean dialogar sobre un asunto que les inquieta y conmueve?

Para Gadamer el diálogo es aquella forma del lenguaje en la que entramos, en la que creamos tejidos de palabras y nos enredamos porque nos dejamos llevar por la cosa (*sache*) o la situación hermenéutica. Por eso dice que somos dirigidos en el diálogo. Este sentido del diálogo es el modelo que lleva a toda comprensión. Por consiguiente, la incapacidad para dialogar está referida a una carencia de disponibilidad anímica para escuchar y abrirse a los otros, los cuales pueden tener la razón. El diálogo en Gadamer significa el medio para llegar a la comprensión y, por tanto, es una fusión de horizontes y de mundos posibles. Según lo expuesto hasta aquí, la tesis que expondré es la siguiente: El diálogo en Gadamer, en tanto es lo que constituye el lenguaje, es el medio para llegar a la fusión de horizontes y a la comprensión hermenéutica. La palabra *medio* aquí debe entenderse no como herramienta, en el sentido instrumental, sino como el ámbito en que se hace posible la comprensión.

El diálogo como fusión de horizontes en la comprensión hermenéutica. A propósito del cuerpo argumentativo

La autoridad es en primer lugar un atributo de personas. Pero la autoridad de las personas no tiene su fundamento último en un acto de sumisión y de abdicación de la razón, sino en un acto de reconocimiento y de conocimiento: se reconoce que el otro está por encima de uno en juicio y perspectiva y que en consecuencia su juicio es preferente o tiene primacía respecto al propio. La autoridad no se otorga, sino que se adquiere, y tiene que ser adquirida si se quiere apelar a ella. Reposa sobre el reconocimiento y en consecuencia sobre una acción de la razón misma que, haciéndose cargo de sus propios límites, atribuye al otro una perspectiva más acertada.

Este sentido rectamente entendido de autoridad no tiene nada que ver con una obediencia ciega de comando. En realidad, no tiene nada que ver con una obediencia sino con conocimiento (Gadamer, 2005, p. 347).

El diálogo es aquel que permite aproximarnos al horizonte de comprensión que tiene el otro. Ampliar el horizonte tiene que ver con que los dialogantes ofrezcan sus perspectivas, de modo que reconocen autoridad entre ellos. Cada uno se aproxima a lo que el otro le ofrece. Es decir, admiten que el otro tiene las posibilidades de aumentar el propio horizonte de comprensión. Dialogamos porque creemos que gracias a la perspectiva de otros ampliamos nuestras comprensiones y extendemos nuestra facultad interpretativa del mundo. En coincidencia con esto dice Contreras (2018) que “Gadamer toma el diálogo como modelo efectivo de realización del comprender y modo de ser propio del lenguaje, de la historia y del acuerdo básico de la sociedad” (p. 133) y dice más adelante “el diálogo que somos recoge, pues, la dimensión comunitaria e histórica de los seres humanos y del mundo mismo tal como ha sido vivido y experimentado” (p. 135).

Gadamer se aleja del sentido de una autoridad que implique el sometimiento de otro y se acerca a uno que tiene en cuenta al otro como interlocutor válido. Si y solo si el otro es entendido como alguien que puede tener la razón y algo para decir, entonces puede surgir un ambiente propicio para la co-construcción de la comprensión acerca de un asunto. Para Gadamer, ni el interlocutor es un objeto ni es un mero requisito para ampliar mi propia explicación del mundo. El otro no es un instrumento para lograr mis propios fines, sino un jugador que juega conmigo a través del lenguaje. Nada más distante de una actitud hermenéutica que la instrumentalización del otro. La propuesta del filósofo es de apertura con el otro porque este último trae consigo algo que los demás no saben, o sea su propia configuración de sentido. En la interlocución se encuentran diversas perspectivas que son apreciadas como valiosas y por ende, son escuchadas e interpeladas.

La noción de diálogo a través del cual extendemos la comprensión es de origen platónico y Gadamer admite esto. Balzer (2002) coincide en ello al indicar que “Gadamer entra en el marco de la pregunta-respuesta, de la llamada y

la escucha, elementos entrañablemente unidos" (p. 93). Gadamer nombra a la dinámica de la pregunta-respuesta como El modelo de la dialéctica platónica. Esta forma de diálogo se sostiene en la estrecha relación entre la pregunta y la respuesta. Gadamer ubica en un lugar superior a la pregunta porque ella representa una negatividad extrema, es decir, la de la *docta ignorantia*: los interlocutores saben que no saben. Por eso una experiencia hermenéutica se inclina a usar la pregunta para llegar a la elaboración de sentido.

Un ejemplo de la noción de *docta ignorantia* es la retomada por Gadamer del diálogo platónico "Apología a Sócrates". Allí Sócrates expone en su discurso de defensa que un hombre que cree saber algo termina por convencerse de su no saber. Dice Platón (trad. en 2008) en la voz de Sócrates:

Intentaba yo demostrarle que él creía ser sabio, pero que no lo era. A consecuencia de ello, me gané la enemistad de él y de muchos de los presentes. Al retirarme de allí razonaba a solas que yo era más sabio que aquel hombre. Es probable que ni uno ni otro sepamos nada que tenga valor, pero este hombre cree saber algo y no lo sabe, en cambio yo, así como, en efecto, no sé, tampoco creo saber. Parece, pues que al menos soy más sabio que él en esta misma pequeñez, en que lo que sé tampoco creo saberlo (21d).

Reconocerse como alguien que ignora y que a su vez desea saber algo es el inicio para la construcción de una pregunta y esta última es fundamental para que exista el diálogo. Gadamer (2005) sostiene que en la pregunta "está contenida una delimitación implicada por el horizonte de la pregunta. Una pregunta sin horizonte es una pregunta en vacío" (p. 441). Para Gadamer, dialogar implica la dialéctica de preguntas y respuestas. Es decir, los dialogantes preguntan porque quieren aclarar un asunto y en la dirección de ese asunto desean encontrar un sentido. Cada pregunta pone el tema central del que trata en una perspectiva particular y a la vez introduce una duda en el ser de lo preguntado. En la dinámica de preguntar y responder aparece el logos que incita a pensar lo que subyace en lo preguntado. En consecuencia, preguntar es más difícil que responder porque la pregunta trae consigo una perspectiva, un horizonte de sentido. Es decir, un diálogo no fracasa cuando los dialogantes se mantienen en el horizonte que propone la pregunta. Por ejemplo, cuando un interlocutor quiere tener la razón a toda costa, no puede darse cuenta del

sentido de los asuntos sobre los cuales se dialoga, creará que es más fácil responder que preguntar y, en efecto, estará por fuera del horizonte de sentido que ofrece la dialéctica del preguntar y el responder.

Para poder construir preguntas es necesario querer saber, estar en el lugar de la docta ignorancia y, como diría Gadamer (2005), “saber que no se sabe” (p. 440). Esta idea es potente porque para establecer una confianza y un deseo de conocer algo se necesita una posición de humildad distante de toda seducción ofrecida por la arrogancia. O sea, la elaboración de un diálogo es incompatible con la posición de querer tener la razón porque esto implica defender ciegamente el propio punto de vista y, como consecuencia, una de las partes cede acríticamente ante la actitud dogmática de la otra. Para el acto de filosofar, esto guarda una relevancia superior porque no se puede construir una actitud para pensar filosóficamente si alguno de los interlocutores está dominado por la pasión de la soberbia. El soberbio tiene el problema de estimarse más de lo adecuado porque se ama más de lo justo, porque tiene un elevado amor propio que le enceguece frente a la presencia del otro. El soberbio no se permite ver a posibles interlocutores y solo se ve a sí mismo. Es decir, la perspectiva del otro queda tachada, borrada, no es tomada en cuenta y esto es incompatible con la generación de un diálogo. En esta misma dirección Caloca (2004) dice que “la hermenéutica de Gadamer afirma que el lenguaje pertenece al diálogo, es decir, el lenguaje no es proposición y juicio, sino únicamente es si es pregunta y respuesta-respuesta y pregunta” (p. 22).

Gadamer (2005) sostiene que “preguntar quiere decir abrir. La apertura de lo preguntado consiste en que no está fijada la respuesta. Lo preguntado queda en el aire respecto a cualquier sentencia decisoria y confirmatoria” (p. 440). De esto puede inferirse que únicamente si se deja de lado la certeza del creer que se sabe algo, entonces podrá llegar el acceso al sentido sobre un asunto. Esta idea es de suma relevancia para pensar filosóficamente, porque Gadamer retoma la forma del filosofar heredada de los antiguos griegos. Filosofar, es decir, pensar un problema, solo puede hacerse dialogando con otros. O sea, todo pensar es pensado con los demás. Esto no debe entenderse como si un dialogante llegara sin ideas a su encuentro dialógico. Por el contrario, él llega

con un horizonte de sentido, con una perspectiva y la ofrece a su compañero a través de la forma de la pregunta. Dialogar es abrirse al otro, dejarse decir algo.

Una pregunta está mal planteada si no abre un sentido, si no alcanza lo abierto. No tener sentido quiere decir no tener orientación. Es decir, quien pregunta tiene una noción del asunto interrogado, pero se sabe limitado para comprender tal asunto en su totalidad. Existen argumentos a favor y en contra de un asunto y por tanto, emerge una aporía, una idea sin salida, la presencia de un aprieto. En ese sentido, preguntar es elegir un camino posible para resolver el disenso y sumergirse en las opiniones contrarias, en la posible verdad que pueden tener los argumentos del otro. Aquí Gadamer (2005) admite la influencia de Aristóteles en su pensamiento cuando dice que para el Estagirita

la dialéctica es la capacidad de investigar lo contrario, incluso con independencia del qué, y (de investigar) si para cosas contrarias puede existir una y la misma ciencia (...) parece en verdad una pregunta muy especial ésta de si es posible una misma ciencia para cosas opuestas (p. 442).

De esto puede inferirse que saber sobre un asunto es permanecer en lo uno y en lo otro, entrar simultáneamente en lo contrario. Es decir, el saber hermenéutico que se gana con el diálogo es dialéctico, implica la contrariedad de la afirmación y la negación y, en efecto, aceptar que un problema puede ser estudiado de un modo y de otro. Dialogar es entonces pensar desde los opuestos. Además, dialogar no quiere decir usar la dialéctica con la intención de ganar una contienda competitiva por tener la razón. Si entendemos por dialéctica “el arte de preguntar y buscar la verdad” (Gadamer, 2005, p. 444), el sentido gadameriano del diálogo estaría alejado de la soberbia y más cercano a aquel capaz de sostener en pie sus propias preguntas, de mantener una perspectiva abierta. Dice Gadamer (2005): “el arte de preguntar es el arte de seguir preguntando, y esto significa que es el arte de pensar. Se llama dialéctica porque es el arte de llevar una autentica conversación” (p. 444).

El diálogo en Gadamer tiene un rasgo de reconocimiento de los otros porque los dialogantes no buscan hallar puntos débiles en lo dicho por cada uno de ellos. Por el contrario, indagan por la fuerza y la versatilidad de los argumentos

de los otros. Pero tampoco se trata de hacer ver como fuerte a algo que en verdad es débil. Por el contrario, el interés está puesto en pensar la cosa-asunto (Sache) que los convoca a dialogar y en reforzar la importancia de atender el horizonte de comprensión que tiene en sí mismo un problema. Este último es aquel que da algo para pensar y es abordado a través de la pregunta y la respuesta.

Finalmente, puede decirse que la noción de diálogo en Gadamer tiene el sentido de ir y venir, de entrar y salir, de girar de un punto de vista a otro. Voltear de un lado a otro abre horizontes de comprensión. Entender una opinión implica permanecer en ella el tiempo suficiente para aproximarse a los detalles que le constituyen y así saber algo que no se sabía antes de entrar en el juego del diálogo. Dice Gadamer (2005):

Acostumbramos a decir que “llevamos” una conversación, pero la verdad es que, cuanto más auténtica es la conversación, menos posibilidades tienen los interlocutores de “llevarla” en la dirección que desearían. De hecho, la verdadera conversación no es nunca lo que uno habría querido llevar. Al contrario, en general sería más correcto decir que “entramos” en una conversación, cuando no que nos “enredamos” en ella. Una palabra conduce a la siguiente, la conversación gira hacia aquí o hacia allá, encuentra su curso y su desenlace, y todo esto puede quizá llevar alguna clase de dirección, pero en ella los dialogantes son menos los directores que los dirigidos. Lo que “saldrá” de una conversación no lo puede saber nadie por anticipado (p. 461).

Conclusión

Gadamer (2005) tiene una idea bastante sugerente sobre la experiencia hermenéutica basada en el diálogo. Dice él que esta solo puede lograrse y llevarse lejos si los dialogantes tienen disposición para ello y si reconocen la importancia de la opinión del otro como un acto de razón. Es decir, no como una abdicación de la propia razón. En ello se muestra una decidida dirección antropológica porque dejarse decir algo en el diálogo es abrirse a escuchar. La apertura se da por medio de la pregunta y la respuesta. Por eso las últimas palabras del tomo I de su obra *Verdad y Método* tienen tanta potencia: “mal hermeneuta el que crea que puede o debe quedarse con la última palabra” (Gadamer, 2005, p. 673). Son palabras que evidencian la clara

posición de Gadamer sobre la humildad a la hora de establecer un diálogo y, simultáneamente, sobre buscar la verdad de forma decidida. Lo anterior puede lograrse construyendo rigurosamente un horizonte de comprensión propio, el cual es susceptible de ser modificado por el encuentro con otras perspectivas hermenéuticas diferentes.

Conflicto de interés

El autor declara la inexistencia de conflicto de interés con institución o asociación de cualquier índole. Asimismo, la Universidad Católica Luis Amigó no se hace responsable por el manejo de los derechos de autor que los autores hagan en sus artículos, por tanto, la veracidad y completitud de las citas y referencias son responsabilidad de los autores.

Referencias

- Balzer, C. (2002). El sentido de diálogo en Hans-Georg Gadamer. *Teología*, 80(2), 93-111. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2053477>
- Caloca, F. (2004). El diálogo en el pensamiento de Hans-Georg Gadamer (1900-2002). *Estudios*, (70), 21-48. Recuperado de <http://estudios.itam.mx/sites/default/files/estudiositammx/files/070/000173429.pdf>
- Contreras, A. (2018). El otro cuya palabra puede transformarme. El papel de la alteridad en la hermenéutica de Gadamer. *Eidos*, (28), 128-156. Recuperado de http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1692-88572018000100128&lng=en&nrm=iso
- Fernández Labastida, F. (2006). Conversación, diálogo y lenguaje en el pensamiento de Hans-Georg Gadamer. *Anuario Filosófico*, (39), 55-76. Recuperado de <http://dadun.unav.edu/bitstream/10171/15946/1/FERNAN-DEZ.pdf>

- Gadamer, H. (1998). Oír, ver, leer. En *Arte y verdad de la palabra* (pp. 69-81). Barcelona: Paidós.
- Gadamer, H. (2005). *Verdad y Método*. Tomo I. España: Editorial Sígueme.
- Gadamer, H. (2006). *Verdad y Método*. Tomo II. España: Editorial Sígueme.
- Pérez-Estévez, A. (2002). El diálogo como lectura en Gadamer. *Diálogo filosófico*. (52), 117-137.
- Pérez-Estévez, A. (1999). Diálogo intercultural. *Utopía y praxis latinoamericana*, 4(6), 33-53.
- Platón (2008). Apología a Sócrates. En *Diálogos I* (pp. 148-186). Madrid: Gredos.
- Vergara, F. (2008). La apropiación de(l) sentido: las experiencias hermenéuticas de diálogo y comprensión a partir de Gadamer. *Alpha*, (26), 153-166. doi: 10.4067/S0718-22012008000100010
- Viveros, E. (2014). El acto de leer como una escucha intuitiva aplicable en los semilleros de investigación. Una aproximación desde el texto "oír-ver-leer" de Hans-Georg Gadamer. *Perseitas* 2(1), 62-71. doi: 10.21501/23461780.1129